



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

Indelebles

Publicación mensual

DOÑA CASILDA

Número

44

2019

Mtro. Alejandro Murat Hinojosa
Gobernador Constitucional del Estado de Oaxaca

Lic. Adriana Aguilar Escobar
Secretaria de las Culturas y Artes de Oaxaca

Lic. Guillermo García Manzano
Director General de la Casa de la Cultura Oaxaqueña

Lic. María Concepción Villalobos López
Jefa del Departamento de Promoción y Difusión

Lic. Rodrigo Bazán Acevedo
Jefe del Departamento de Fomento Artístico

L.A.T. María R. Cruz Gallegos
Jefa del Departamento Administrativo

C.P. Rogelio Aguilar Aguilar
Investigación y Recopilación

Un personaje indeleble



CASILDA LA HORCHATERA.

Casilda La Horchatera o Casilda La Samaritana Oaxaqueña, dejó honda huella en nuestra sociedad durante más de setenta años. Nació en 1910 en el seno de una familia que ya tenía la tradición de producir y vender "aguas frescas". A los 16 años, Casilda obtuvo su licencia municipal para expender refrescos en el mercado Benito Juárez Maza.

La tradición de aguafresquera le venía por parte de su tía María González Morales mencionada por Jacobo Dalevuelta en su opúsculo "Cariño a Oaxaca". La convivencia diaria entre "placeras" y marchantes hace que la visión y el trato humano a todas las personas sea generoso y amable. Por otra parte, el orgullo con que desempeñan sus tareas y la aceptación de su nivel social, del cual también están orgullosas, hacen de estas mujeres alcanzar un reconocimiento por parte de quienes las frecuentan. También las convierten en líderes naturales en momentos de inconformidad y agitación social.

Cuando Casilda comienza a trabajar como aguafresquera (1926) la ciudad de Oaxaca era tranquila, con pocos habitantes y carecía de muchos servicios o eran muy limitados. La elaboración de los refrescos

o aguas de sabor, era laboriosa y comenzaba muchas horas antes de que pudieran venderse en el mercado.

Sol Jarquín (2014) nos agrega: “la venta de aguas frescas para esta familia se remonta a 1890, época en la que vendían en el mercado establecido en el “Zócalo”, conocido como “la plaza grande” o mercado de Cortés. Casilda tenía siete años cuando en un puesto de pólvora se originó un incendio que destruyó los puestos de madera, zacate y lona, por lo que los mercaderes fueron trasladados al predio en que actualmente se ubica el mercado Juárez Maza. Al carecer de techo, la sombra era proporcionada con mantas o petates sostenidos con carrizos. Las aguafresqueras en su “puesto” colocaron cajones de madera rellenos de arena para poner las ollas que sembraron de chíá, que hacía ver el puesto totalmente verde”.

Casilda perteneció a una generación en la que algunas clases sociales impedían que las niñas fueran a la escuela por la arcaica idea de que si aprendían a escribir harían cartas para los novios. Así que Casilda apenas tuvo la instrucción necesaria. Esa condición de alguna manera la avergonzaba aunque con el tiempo se ganaría una posición privilegiada entre la sociedad oaxaqueña, que le reconoció siempre su solidaridad con las causas del pueblo y en especial con el estudiantado, posición que construyó en base a su esfuerzo y trabajo.

Casilda, mujer del siglo XX, heredó el “puesto” en el mercado, junto con el sobrenombre de “La Horchatera”. Con los años también fue conocida como “La Samaritana”, sobrenombres que la han inmortalizado en los libros de autores en su mayoría oaxaqueños y que han pasado de generación en generación a sus hijos: Teresa “La Chatita” y Manuel Valera Morales procreados con su esposo Reveriano Valera Vera.

El cariño del que gozó Casilda por parte del pueblo de Oaxaca, se lo ganó a pulso y como resultado de su generosidad. Por cuarenta años fue la madrina de “La Samaritana” en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca (ICAEO) y a finales de los años setenta en la Universidad Benito Juárez de Oaxaca. Su nuera, Felipa Avella recuerda la tradición de visitar, cada cuarto viernes de cuaresma, las distintas escuelas de la universidad, para obsequiar agua al alumnado.

Casilda Flores Morales fue también una mujer solidaria con el pueblo, codo a codo con otras comerciantes del mercado como Paula “La Quesera”. “La China Frutera”, una costeña que lideraba el movimiento en contra del gobernador Edmundo Sánchez Cano en 1946 y Jacinta “La Maicera”, formaron un fuerte equipo que se unió a las huelgas y protestas que resultaron en la caída de ese gobernador y más tarde del gobernador Manuel Mayoral Heredia en 1952.

“La Horchatera”, (como era conocida en Oaxaca), mas famosa del mundo, era sin duda una valiosa aliada de los políticos y para los universitarios. Existen anécdotas que permiten observar perfectamente el peso que tenía su voz para la clase política. En una ocasión, los

policías agredieron a los estudiantes, ella fue directamente a hablar con el gobernador Alfonso Pérez Gasga (1956–1962). Este le prometió que iría a resolver el problema personalmente. Así sucedió, ella se adelantó al edificio central de la universidad y avisó sobre la visita que haría el mandatario. Al llegar el gobernador, los jóvenes dialogaron con él con Casilda como testigo de la conversación que terminó en algarabía ya que además de resolver algunos problemas, tuvieron la ocurrencia de pedirle un baile, esta gran mujer, de pequeña estatura, fue la encargada de organizar la fiesta.

En 1968 los ánimos se encontraban alterados. Un grupo de estudiantes le preguntó si era verdad que ella no estaba más con los estudiantes, ella por supuesto negó la aseveración y a solicitud de los muchachos se presentó en la universidad para ratificar su convicción de no traicionarles nunca y su compromiso de estar siempre lista para defenderlos. Casilda, mujer de origen humilde y analfabeta pero fuerte, guerrera natural, vencedora de las adversidades, luchó siempre al lado de su pueblo, contra las injusticias sociales.

Por otra parte, a su puesto llegaron “toda clase de personas importantes, porque toda la gente es importante”, comenta su hija, recordando a Juan Carlos de Borbón, rey de España, el Sha de Irán, le rey Balduino de Bélgica, la reina Isabel de Inglaterra, varios presidentes de México. Del mundo artístico “La Chatita” recuerda a la bellísima actriz Miroslava, Joaquín Pardavé, Fernando Soler, Sara García y otros muchos que año tras año venían a Oaxaca y que tenían como visita obligada, dentro del recorrido turístico, saborear las aguas de Casilda “La Horchatera”

La nuera de Casilda, Felipa Abella, rememora la visita de personajes de la vida política como el presidente Adolfo López Mateos, Miguel Alemán o Luis Echeverría Álvarez, quien mandaba pedir agua de horchata y su preferida: de tamarindo, cada quince de septiembre. “Venían de la zona militar con unos botes grandes de aluminio donde se vaciaba el agua. Ellos debían probar el agua que vaciaban en los botes, luego la cerraban con cadenas y se la llevaban por avión a México”.

Casilda enriqueció el sabor del agua de horchata de almendras con nuez y tuna (fruto dulce oriundo de México), se puede degustar con las tradicionales aguas frescas de chilacayota, limón rayado, guanábana, melón, sandía, tamarindo, jamaica, durazno, mango, ciruela y zapote según la temporada. Estas aguas poseen algo especial, quizá cada una de sus creadoras dejó caer en ellas un poco de generosidad, de su alma... en cada sorbo se puede percibir y saborear algo del pasado de Oaxaca, sabores e imágenes pasan por la mente.

Al conmemorarse el 479 aniversario de la ciudad de Oaxaca de Juárez, el 25 de abril de 2011, el Cabildo le otorgó en sesión solemne, el reconocimiento como “oaxaqueña inolvidable”. Casilda Flores Morales falleció en la ciudad de Oaxaca, tras una penosa enfermedad, el 29 de marzo de 1995.

Carta de vida



Casilda Flores Morales, emperatriz del refresco, heredera de la alquimia y secretos de la almendra, chilacayota y la chía, es toda una tradición y leyenda, que le dio sabor a Oaxaca. Ella nos habló con un lenguaje sencillo y claro, del servicio y el amor a los demás. No morirá al paso del tiempo porque la seguiremos recordando como la reina del mercado y como la más pura expresión del alma oaxaqueña, dijo la Güerra González (2010) en breve reseña dedicada a doña "Casi".

Así la llamaban en el Instituto y luego en la Universidad, cuando acudíamos a su puesto en busca del nunca negado vaso de agua de sabor o cuando ella llegaba a los patios del colegio, con sus frescas y olorosas ollas de barro de Atzompá, para calmar la sed y alegrar más el jolgorio de la ruidosa tropa estudiantil.

Nacida en el barrio de Juan Diego en abril de 1910, en una familia de rígidas costumbres. Su padre se llamó Faustino Flores Serna; Luisa Morales Contreras su madre y Esperanza, Celestino y Dolores sus hermanos. El barrio tomaba su nombre de la pila de Juan Diego situada en la acera sur a mitad de la tercera calle de Trujano, de la cual quedan aun tristes restos. A inicios del siglo anterior, la pila tenía pintada en la pared, una imagen muy bien lograda de Juan Diego en actitud de regar unos rosales. El doce de diciembre, los aguadores del rumbo y las madrinas designadas por ellos, adornaban la fuente con ramos de sauce y largos carrizos de verdes hojas, adornados con banderitas y lazos de colorido papel de china. Se quemaban docenas de tronadores cohetes y la pila se convertía en enorme recipiente de horchata o tamarindo, adornado con pétalos de geranio o de rosas de Castilla, "aguas frescas" que las madrinas obsequiaban a transeúntes y vecinos de la barriada y que eran elaboradas por Mary la Horchatera y su familia.

Porque ya por esos años era famosa la tía de Casilda, Mary la Horchatera, de quien dijo Jacobo Dalevuelta (1938): "María es como una belleza en madurez, como una flor del campo –girasol– petaliabierta y soleada a la hora que se inclina con reverencia mística ante el Sol que se hunde en el vésper misterioso. Pelo negro que brillanta la "pomada de rosa", cara redonda y morena, mejillas relucientes. Lóbulos carnosos y redondos que soportan el peso de sendas arracadas de filigrana de oro y perlas al engarce. Labios gruesos, húmedos y frescos, como ribera de manantial; dientes blancos y manchas de oro que los profanan, mentón sensual; fuerte cuello prisionero de hiladas de colores al rojo "xiotilla" y

que parecen succionar la sangre de la china. Busto grande. Las pomas rebeldes se cubren con una blusa de percal decorada con encajes bordados en orgía de arabescos.

Sus brazos, dos maravillas de la línea de ébano torneado. María – frescura y limpieza- canta con su risa de torrente y anima la vida con su pregón cantarino también. Es la heredera de la chinaquería regional. Chinas oaxaqueñas de abolengo genuino de la gleba. ¡chinacas que viven en la periferia florida de la ciudad! Cada una es cuenta de oro de un rosario de leyendas”.

La anterior pintoresca descripción de Dalevuelta puede aplicarse correctamente a Casilda, quien evolucionó de una niñez llena de carencias y limitaciones, a un florecimiento de plenitud en todos los órdenes y modalidades. En octubre de 1916, Casilda de diez y seis años, obtiene su permiso municipal para “expendir refrescos en el mercado” Benito Juárez Maza, en un establecimiento situado en el centro de la ciudad, construido en 1893 con el nombre de Porfirio Díaz por la compañía inglesa Read & Campbell y que contaba con una verja de hierro que limitaba el contorno y una fuente circular que ahora podemos ver en el acceso al mercado “IV Centenario” en las calles de División Oriente e Independencia.

El puesto de aguas frescas de la familia de Casilda, se encontraba (y aun se encuentra) en el sector oriental del mercado, acompañado de puestos de flores y frutas, cuacoyules y jamoncillos, el pan, los rebozos y los sombreros de lana y junto a la verja, los puestos de comida. En el mismo sector expendían las chileras y paneleras, los puestos de recaudos y verduras, las ollas de habas, de pasta de frijol, las cazuelas de pipián, quelites, verdolagas y quintoniles, nopales cocidos y charales pescados en el río Atoyac.

En el sector occidental se hallaban las chileras, las tortilleras y vendedoras de huaraches, correas, cinturones, sombreros de palma y artículos de fierro. En la parte norte, sobre la calle de Las Casas, los artículos de hoja de lata, los mercilleros y los carniceros que hicieron casetas y quitaron la verja para vender directamente en la calle. Y en el lado sur estaban la nieve, el queso, quesillo, gusanos de maguey, mantequilla y huevos. Miel de enjambre, jabón y cal. Algunos de esos puestos conservan su localización a la fecha.

Por la noche, en la parte oriental y en la calle de Las Casas, se vendían alimentos diversos: atole o chocolate, carnes fritas, chiles rellenos, coloradito, cecina y tasajo; tamales de chepil, de frijol o de dulce. Desde que iniciaba la tarde en la esquina de Las Casas y Miguel Cabrera, se instalaban grandes ollas que contenían cremosa leche de vaca. El orden reinaba en el mercado Porfirio Díaz, luego Benito Juárez Maza. Los puestos estaban colocados de forma y manera que permitían la cómoda circulación de los compradores. Los vendedores estaban tan arraigados en sus lugares que en 1919, un presidente municipal aumentó el pago de derechos para vender y modificar el acomodo de los puestos, lo que originó un violento tumulto organizado por las placeras, quienes

armadas de palos, piedras, huevos podridos y tomates sobre maduros, lapidaron el edificio del Ayuntamiento y lograron la renuncia del alcalde.

Casilda recuerda que en el centro del mercado existía una campana con la cual el administrador del mercado convocaba a los cobradores y policías que operaban en ese espacio, pero también servía para reunir a las plaseras cuando había algún problema. Cabe aclarar que escribimos "las plaseras", porque la mayoría de vendedoras eran femeninas, quienes usaban un lenguaje muy cariñoso con sus marchantes. También eran obsequiosas pues ofrecían "la prueba" del artículo que expendían y que era un pequeño trozo de su mercancía: nicuatole, tortilla clayuda o camote. Las aguafresqueras ofrecían "botanas" de pedazos de melón o "frutilla" con nuez.

Otra costumbre oaxaqueña que se va perdiendo es el "regateo" que consiste en un prolongado estira y afloja entre comprador y vendedor. Este pone el precio a su mercancía y el otro pide una rebaja hasta obtener un precio a su gusto, aunque casi siempre son mínimas, pues no rebasan el diez por ciento del precio original.

Tal vez, la situación política de crisis causada por el movimiento revolucionario iniciado en 1910, no se percibió con mucha intensidad en los niveles económicos y sociales en que creció Casilda, pero le correspondió vivir el periodo en que el gobernador José Inés Dávila recupera la soberanía del Estado, separándose del pacto federal. El presidente Carranza no acepta la soberanía y envía al General Jesús Agustín Castro como gobernador y comandante militar de Oaxaca, quien fija su cuartel en Salina Cruz e inicia una ofensiva contra los soberanistas que habían sido reforzados por los zapatistas que estaban en contra de Carranza. Los soberanistas y aliados son derrotados en Ocotlán (marzo de 1916) y el movimiento se divide. El gobierno y los integrantes del gabinete se establecen en Tlaxiaco mientras la otra fracción, encabezada por el General Guillermo Meixuiero, parten con rumbo a Ixtlán. Sus aliados zapatistas, antes de abandonar la capital oaxaqueña, incendian una parte del palacio de gobierno y la estación de los ferrocarriles, situada en el barrio de el Marquesado.

A principios de 1919, los carrancistas se habían adueñado de la totalidad del Estado, por lo que el gobernador Dávila abandonó Tlaxiaco y partió hacia la costa, pero en Ixtlayutla lo alcanzaron las fuerzas carrancistas comandadas por Adalberto Lagunas, quienes acribillaron a Dávila y lo decapitaron. Lagunas envió la cabeza a la ciudad de Oaxaca para ser exhibida. El gobernador Juan Jiménez Méndez no aceptó hacerlo y permitió que fuera enterrada con honores. "La presencia de numerosas personas en la inhumación de la cabeza no tuvo el carácter político de la consagración de un mártir. Fue simplemente un reconocimiento al prestigio personal y profesional, las altas cualidades, don de gentes y caballerosidad del Extinto", dice Jorge Fernando Iturribarría (1955)

Los gobernadores carrancistas Jesús Agustín Castro, Juan Jiménez Méndez, Francisco Eustacio Vázquez y Alfredo S. Rodríguez mantuvie-



ron el poder de marzo de 1916 a mayo de 1920, año en surge el Plan de Agua Prieta encabezado por Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles quienes se levantan en armas contra Carranza, por lo que el gobernador Alfredo S. Rodríguez y su electo sucesor Carlos Tejeda, abandonan la ciudad de Oaxaca que es ocupada por las fuerzas del General Meixuiero y nombran gobernador provisional al Lic. Jesús Acevedo quien deja el cargo en manos del General Manuel García Vigil en diciembre de 1920.

Por esos años, recuerda Casilda, hizo su aparición el primer camión que llegó a la ciudad (1919) el día que comenzaba la fiesta en San Juanito, propiedad de Rafael Mariscal y Lorenzo Díaz. Realizó sus recorridos de la esquina de la Academia de Niñas (frente a la Alameda de León) a la orilla del río Atoyac, llevando a las personas que asistirían a los festejos en San Juanito, quienes pagaban por el pasaje cincuenta centavos, cantidad excesiva para la época. Poco después apareció el segundo camión propiedad de Francisco García, quien cobraba cinco centavos por un recorrido por la ciudad, que no era muy apacible, ya que el empedrado de las calles hacía muy agitado el viaje.

Esta situación se solucionó cuando el Gobernador García Vigil inició la introducción del drenaje y pavimentación de las calles céntricas de la ciudad capital, lo que facilitó la circulación de los primeros automóviles, particulares y de alquiler. Estos establecieron el primer "sitio" en la esquina del zócalo que enfrenta la catedral. Casilda, en sus sabrosas pláticas, aunque a veces confundía fechas y mezclaba nombres en forma equivocada, relataba que los señores Zorrilla Barrundia abrieron la primera agencia de venta de autos en la primera calle de Cinco de Mayo. Eran de la marca Ford con precio de mil seiscientos pesos y también organizaron carreras de automóviles en el Campo Marte. Del periódico "Mercurio" podemos tomar más referencias al respecto.

El Campo Marte estaba situado en el punto noreste de la colonia Americana, hoy colonia Reforma, donde años después se localizó el campo de aviación. Participaron Alfonso Zorrilla, Eugenio Maupomé, Carlos González, Francisco Goñi, Luis Fernández del Campo, ganando la competencia Carlos González quien fue premiado con una copa de plata y mil pesos. En 1925 se inició el servicio de camiones de pasajeros, marca Ford con cupo de ocho personas mas el cobrador que viajaba de pie en un estribo de la parte posterior del armatoste. Los organizadores de este servicio público fueron los señores Rafael Figueroa, Eliseo Ramírez y Vicente Martínez. El servicio se extendió a poblaciones cercanas como ETLA y Tlacolula con vehículos propiedad de Enrique Lira y Rogelio Gómez. El aumento de vehículos de motor trajo el surgimiento de talleres mecánicos como los de José Ramírez, Federico y Jesús Luna, Mateo y Alfonso Soto.

Otra novedad en el transporte muy recordada por los oaxaqueños de esta ciudad fue la llegada de la primera aeronave, pilotada por Charles Titus de origen inglés. Era un monoplano "Lincoln Estándar" (Mercurio 1922) que hizo su aparición un viernes santo. Lo inolvidable fue

porque muchos feligreses dejaron con el sermón de las “siete palabras” en la boca, a los curas, saliendo de los templos a presenciar el vuelo del aeroplano y su aterrizaje en el Campo Marte. El avión pertenecía a la Mexicana de Transportación Aérea y su piloto, Charles Titus, ofreció “vuelos de placer” a los intrépidos que aceptaran abordar el “pájaro de acero”. Algunos que tomaron el riesgo, según El Mercurio, fueron Alfonso Zorrilla Tejada, Enrique Baights, Alfonso Zorrilla Barrundia, Jorge Fernando Iturrigarria y Antonio Cabrera. A la semana de su arribo a la ciudad de Oaxaca, el avión sufrió un serio percance al aterrizar, ya que un “viento de cola” lo volcó, haciendo que hélice, motor y parte delantera quedaran clavados en tierra. Ni el piloto ni las pasajeras que en ese vuelo fueron las señoritas Dolores San Germán y María del Carmen Zorrilla, sufrieron daño. El aparato fue regresado a la ciudad de México en una plataforma del ferrocarril y muchas personas presenciaron su partida en la Estación del Marquesado.

Casilda también recordaba el transporte de tranvías tirados por un par de mulas, armatostes con ruedas que prestaban servicio desde el amanecer hasta el inicio de la noche. Anunciaban su proximidad a las esquinas con el sonido de un timbre que el conductor accionaba con el pie, para evitar alguna colisión. Este servicio conectaba a la ciudad con Tlaxiactac, el Tule, San Juanito, San Martín, San Felipe del Agua con una tarifa de tres centavos y eran operados por diversas compañías como la del Ferrocarril, que iniciaba su recorrido desde el frente de la estación ferrocarrilera hasta frente del palacio federal, a un costado de catedral, de donde se dirigían al sur de la ciudad hasta la estación “dos de abril”.

La compañía del señor Wenceslao García, tenía su cochera en las últimas calles de Colón y su terminal en la segunda de Las Casas, frente al costado norte del mercado Porfirio Díaz, donde todas las unidades se estacionaban. La empresa del señor Alfredo Oest tenía su terminal en el jardín San Pablo y su cochera al lado del puente de Castro (donde hoy inicia la calzada Porfirio Díaz) y prestaba servicio únicamente a San Felipe del Agua a donde llegaba siguiendo el hoy “antiguo camino a San Felipe” regresando por la misma ruta con la particularidad de que en el regreso, el tranvía bajaba con las mulas trotando atrás del vehículo que aprovechaba la pendiente de ese camino.

De este vehículo, Casilda comentó en entrevista con Silvia María (1989): “en una ocasión, mi tía María y yo fuimos al Instituto: tomamos el tranvía y nos bajamos mero en la puerta del colegio. Cuando mi tía entró – yo no le voy a decir mentiras -, todos los muchachos le aplaudieron a María la Horchatera y me dijo: `mira, todos estos jóvenes están estudiando aquí y por eso, a veces, no tienen dinero. Nunca les niegues un vaso de agua cuando te lo vayan a pedir, te los entrego a todos. Ni una vez llegues a querer a ninguno, porque la novia del estudiante nunca es la esposa del recibido. Así es que quiérelos a todos´”.

Así me dijo mi tía María. A los estudiantes mi tía les dijo: `les dejo a mi sobrina para que cuando ustedes gusten tomarse un vaso de agua fres-

ca, vayan al puesto, tengan o no dinero´. ¡bravo! Dijeron los estudiantes, le aplaudieron y le echaron porras. Ahí surgió lo de "La Samaritana". Fue entonces cuando yo me hice cargo de los muchachos. Yo tenía quince años. Mi tía María entraba en su decadencia. Desde ese tiempo empecé a dar agua en el colegio".

Ricardo Casanova Castellanos en sus "apuntes sobre el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca", recuerda algunos de los estudiantes de esos años: Joaquín Atristain, (el Cuacho) Manuel Palacios (Peligro), Alfredo Vasconcelos (Chato), Carlos Solomón, Humberto Santaella (Cabezón), Miguel Zúñiga (el Elegante), Manuel Figueroa (Juarotes), Gustavo Olguín, Guillermo Sánchez, Pedro de Osalla (Perico), Román Manzano (Santa Lucía) Alfredo Pardo Salas (El Zurdo), Aurelio Martínez Rincón (Churrero) Federico Calvo Treviño (Tripitié), Genaro Belmar, Ángel Calvo, Fernando Magro Soto, Jesús Barranco, Fernando y José Palancares, Alfredo Fera, Leopoldo Calvo Treviño (el Tlacolula), Manuel Avendaño (el Pollo), Antonio Castillo Merino (el Troski) Manuel Luría, Jesús Barriga, Francisco Cid Fierro, Juan Urrutia, Enrique Noriega, Fernando Iturribarria (el Pitilín) Guillermo Reimers, Alejandro Berges (el Bolován)

De los que en esos años iniciaban sus estudios preparatorios, recordamos a Gustavo Martz, José María Payán, Carlos Castellanos, Humberto Lazo Serna, Carlos Palacios (el Güero), Francisco Vasconcelos (Panchito), Jesús Mena, Ernesto Carpy Manzano, Roberto Ortiz Gris (el Tripa), Maximiliano García, aunque el más recordado por Casilda es Abelardo Quiroz, (el Furias): "este era tremendísimo, dicen que fue expulsado del Instituto allá por 1929 por el entonces gobernador Genaro V. Vásquez. Esto pasó en la primera huelga del Instituto. Y es que el Furias dicen, era un líder vasconcelista. En ese entonces era director del Instituto el doctor Ramón Pardo, de feliz memoria. El Furias era tan tremendo, que un día fue al mercado a armar alboroto. Las plaseras se le echaron encima y ¡pa´ que quiere usted chula! Fue a traer más estudiantes el malvado y regresó a seguir con el alboroto y como no pudieron con las plaseras los ingratos, pues les empezaron a decir palabras raras, y con el perdón de usted, hasta la mamá les mentaron a las plaseras, a lo cual las señoras respondieron: "qué boquita tienen! Y eso que son estudiantes. Ni nosotras que nunca hemos ido a ninguna escuela nos expresamos así. ¡lástima de jóvenes! ¡qué bárbaros son!" y así terminó ese encuentro que tuvo ese muchacho que era muy tremendo con las plaseras del mercado. Me parece que se fue a la ciudad de México y nunca regresó, fue todo un personaje".

En cuanto a La Samaritana, Carlos Filio (1935) nos narra que inicialmente, allá por principios del siglo XIX, era una de las fiestas religiosas celebradas en el templo de la Merced, con ambiente popular. En el viejo convento, casi derruido desde entonces, se representaba el pasaje bíblico de la mujer samaritana dándole de beber a Jesús, el peregrino sediento. En la esquina sur oriente del patio conventual se encuentra un pozo (que a la fecha existe aun) muy cerca de la sacristía del templo,



cuyas aguas se consideraban benditas y con capacidad de curar o aliviar ciertas enfermedades.

En este pozo se representaba la escena con un decorado de convencional paisaje oriental, con indispensables palmeras, macizos de verdes plátanos sombreando el brocal del pozo y, a su vera, la compasiva samaritana extendía su mano en actitud de brindarle en jarra cincelada en plata, el agua que pedía el sediento Jesucristo. Ambas eran imágenes de yeso de tamaño casi natural, vestidas con alegres ropajes entre árabes y oaxaqueños.

Abajo y a los lados, se colocaban grandes y ventrudas ollas adornadas en el cuello con coronas de laurel matizadas con rosas llenas, rebosantes con agua del pozo, la cual tenía privilegiadas virtudes: aliviar leves padecimientos del cuerpo, resanaba las dolencias del alma y ahuyentaba los maleficios. Las señoras connotadas del barrio, pertenecientes a las hermandades de la capellanía, se encargaban de repartir el agua bendita entre los feligreses, mujeres y niños generalmente, que llevaban jarras y ollitas de loza verde adornadas con pequeños ramos de chamizo y laurel. Para los elegidos, los cofrades con arraigo y acomodo en el barrio, se les tenía reservada la auténtica horchata de semilla de melón, los refrescos de chía, de roja jamaica, de tamarindo y de limón.

Esta falta de igualdad no era óbice para que el barrio se pusiera en alegre movimiento, que se animara con el ir y venir de las chinas y de las mujeres que caminaban presurosas a llenar sus vasijas de verde barro con el agua bendita del pozo de la Merced. Con el tiempo, la costumbre se extendió a otros templos y a instituciones públicas como el Instituto de donde Casilda fue la Samaritana repartidora de gratuitas y sabrosas aguas de sabores que templaban la insaciable sed de las juveniles gargantas. Mas tarde, en esta casa de estudios, se agregó a la fecha de las aguas, un baile vespéral que era organizado y costeadado por la generosa Casilda, autonombrada "madrina" del alegre festejo estudiantil.

En la siguiente generación de estudiantes que convivieron y conbebieron las aguas de Casilda encontramos nombres como Luis Castañeda Guzmán, Javier Castro, Silvio Conzatti, Enrique Toro, Mario Cervantes, Raúl H. Puga, Enrique Sodi, Genaro Chapital, Carlos Lira, Humberto Muñozcano, Alberto Canseco Ruiz, Juan Sánchez, Rogelio Jiménez, Darío Castillejos, Manlio Velasco, Guillermo Atristain, Carlos Z. Vásquez, Jorge Antonio Acevedo, Ricardo Vera Castro, Leonor Ramírez, Victoria Flores, María del Consuelo Gil, Sara Mondragón, Ofelia Garcés, Victoria Hernández. Esteban Silva y Escobar, Abelardo Quiroz, Carlos Espíndola, Jorge Pérez Guerrero, Gilberto Suárez, Ernesto Díaz Ordaz, Fernando Castillo, Joel Arango, Raul Bolaños Cacho, Manuel Matos, Rafael Ángel Perez, Adrián Méndez, Ramón Candiani, Alberto Von Thaden, Agustín Quintanar, Enrique Lira, Ramón Mondragón, Rodolfo Sandoval, Guillermo Martínez León, Domitilo Ojeda, Gustavo Díaz Ordaz, Emilio Barroso María Estela Aguilar, Rogelio Barriga Rivas, Mariano Aguilar, Rodolfo Brena Torres, Emma Lazo, Jorge Woolrich, Everardo Ramírez Bohorquez, Renato

Rueda Magro, José Morales Paz, Mario E. Vallejo, Alfonso Pérez Gasga, todos ellos repartidos en los seis cursos de bachillerato.

En carrera de leyes estudiaban: José Torres Gris, Alfonso Unda, Ismael Brachetti, Juvenal González, Octavio Manzano Trovamala, Pedro León Franco, entre otros. En medicina cursaban seis años: Carlos Ortiz Escorcía, Manuel Matos, Rogelio Gutiérrez, Alfredo Castro, Gustavo García, Benigno Baltazar, Apolinar Hernández, Alberto Narvaez, Edmundo Pérez, Humberto Lazo, José Llaguno, Antonio Carranza, Manuel Canseco Landero, Francisco Franco.

Para Contadores de Comercio estudiaban: Ibino Fagoaga, Joaquín Bernal, Angel Mayoral, Fernando Unda, Francisco Rosas, Francisco Osorio, Jorge Romero, Alejandro Sumano, Mario Pérez Ramírez, Benito Cabrera, Enrique Delgado Porras, Manuel Ramírez, Hortensia Gutiérrez, Consuelo Llaguno, Feliciano Castellanos, Emelia Alcázar, Clementina Ortiz, Celia Cuellar. Muchos de ellos lograron ser destacados profesionales, catedráticos, directores del Instituto, funcionarios en diversos niveles de gobierno, gobernadores de su Estado y uno, llegó a la presidencia de la república.

A partir de 1955, año en que el Instituto se convirtió en universidad, los entonces macoloches terminábamos la clase de Botánica con el maestro José de la Luz Bonequi y corríamos al mercado, al puesto de Casilda, a gozar de los "asientos" de sus aguas frescas, que a esas horas ya estaban a punto de agotarse. Y mientras saboreábamos las exquisitas aguas, ella y sus ayudantes limpiaban sus ollas, vasos y demás utensilios así como bancos y tarimas del puesto. Personalmente, lo que más disfrutaba y no olvido al paso de los años, es su plática salpicada de oaxaqueñismos, en que evocaba los tiempos pasados en los que ella disfrutaba su juventud y la ciudad, todavía dormida en su tranquilidad provinciana.

De su charla vivaz aunque bastante desordenada, pues saltaba de un tema a otro, rescatamos algunos recuerdos, tal vez nimios, pero que dan una visión de usos y costumbres de la época. Insistía en mencionar el negocio llamado "El Importador" (que todavía subsiste en una esquina de nuestro "zócalo"), en donde se podía adquirir telas destinadas a confeccionar la ropa de uso diario o la más elegante usada en eventos sociales. Muchos de esos géneros ya desaparecieron, como los elegantes flat, fulgurante, tafeta, charmés, seda Bamberg, pongé, gasa y organdí y otras más sencillas y baratas como : percal, cabeza de indio y artisela. Las sábanas se confeccionaban en casa, con manta comprada de acuerdo con el tamaño de la cama. La "manta de cielo" se compraba para pañales; la franela y bombasí, para las pequeñas sábanas de los infantes.

En otro portal del zócalo, estaba "El Edén" donde vendían "manzanas de California" que llegaban envueltas en papel de China color violeta, también vendían dulces de goma, rojos y blancos, galletas, confites y muñecos de chocolate con figura de payasos, diablos, pierrots o colombinas. Cerca quedaba la tienda llamada "París" donde se podía ad-

quirir perfumes, bisutería fina, paraguas, sombrillas mascadas, chalinas de seda, abanicos, faroles chinos y "agua florida" que era el perfume más barato. En la esquina de otro portal se encontraba "La Primavera" que se anunciaba como: "la casa de usted", y que expendía una variedad de objetos para regalo, perfumes, artículos religiosos, instrumentos musicales, discos para fonógrafos y victrolas, así como artículos de belleza. Relojes de "marca" como Elgin, Omega o Haste y la tienda era atendida por su propietario don Octavio Figueroa. A su muerte se hizo cargo del negocio su esposa doña Margarita Bustamante auxiliada por sus hijos Roberto, Ana y José.

Un recuerdo que a menudo era convocado por Casilda, era la noche del 14 de enero de 1931. "Eran como las ocho de la noche, cuando un fuerte sismo nos hizo gritar: ¡está temblando! Casi todas las casas eran de un solo piso y contaban con un patio donde la gente se refugió saliendo de debajo de los techos. Otros se pusieron bajo los quicios de las puertas, pero se oían gritos de ¡sigue, sigue! Entre el polvo se escuchaban gritos de angustia, los crujidos de la destrucción, rezos, jaculatorias, ladridos de perros en más de un minuto de pánico. Al fin se escucharon otras voces menos alarmadas ¡ya pasó, ya paró! Si, había parado pero dejando un inmenso daño en lo anímico y en lo material. Casas, escuelas y templos destruidos o muy dañados, con enseres y muebles sepultados o despedazados. El palacio de gobierno y los portales que rodean el zócalo, destruidos, sobre todo en la esquina frente a "La Compañía", templo que perdió sus campanarios. Todo era desolación y angustia y un sentido de impotencia ante las fuerzas de la naturaleza. Esa noche hubo más temblores, aunque ya no tan fuertes, por lo que nadie durmió bajo techo y sí en patios y jardines públicos donde se colocaron refugios provisionales armados con sábanas y petates.

Con las cofradías del mercado Benito Juárez Maza y otros grupos católicos, hicimos salir de su nicho a nuestra patrona, la virgen de la Soledad, para que a su paso por las destrozadas calles, el suelo quedara quieto y no se repitiera otro terremoto. Fue difícil retomar la vida normal, pues estábamos entre casas caídas o cuarteadas, calles tapadas con escombros, vidrios rotos, techos derrumbados que dejaban ver el cielo, paredes venidas abajo, vigas vencidas y hierros retorcidos. Los barrotes de las ventanas fueron doblados por el peso de los escombros y hasta los muertos salieron de sus nichos en el panteón de San Miguel.

En El Llano se instalaron carpas de lona, casetas de madera como salones de clases y muchos niños allí continuaron su enseñanza y en el recreo podían correr por los camellones del parque. Oaxaca era pobre y la gente no tenía dinero para reconstruir, por lo que tuvieron que malbaratar sus propiedades o sus alhajitas consentidas. Otros se fueron al Distrito Federal, donde existían mayores posibilidades y más oportunidades para rehacer su vida. Se convirtieron en "oaxaqueños ausentes" que año con año volvieron para ver a sus amigos, visitar la tumba de sus muertos y a la gran señora de la Soledad.

Al siguiente año, dos acontecimientos hicieron mucho ruido. El descubrimiento, en enero, de la tumba siete en Monte Albán, por el señor Alfonso Caso y su esposa María Lombardo, hermosa dama que llamaba mucho la atención por ser la primera mujer que en Oaxaca usó pantalones. Llegaron cuando la ciudad estaba en escombros y se hospedaron en una casa de madera de las muchas que se levantaron en la calzada Porfirio Díaz.

El otro acontecimiento inolvidable, fue la celebración, en abril, del "homenaje racial" a la ciudad de Oaxaca, organizado por el gobernador Chico López y un grupo de oaxaqueños, que idearon que las siete regiones del Estado rindieran pleitesía a la ciudad capital, trayendo productos, cantos, bailes, música y ropajes como ofrendas que nos maravillaron a todos pues no conocíamos las riquezas de nuestro Estado. Ese 23 de abril pudimos ver un desfile de mujeres mixes, costeñas escandalosas, serranos con sombreros de "panza de burro", "cuerudos" de Miahuatlán y otros representantes de La Cañada, Tuxtepec, el Istmo y la Mixteca, como Angélica Castillo, Emma Castañeda y la señorita Romaní. De aquí derivó nuestra Guelaguetza que expone la riqueza folklórica de Oaxaca, cada día más admirada, rica y señorial.

Su recuperación económica y social fue lenta y, el panorama político volvió a ser tema principal en el Estado, y al interinato de Genaro V. Vásquez, siguió en la gubernatura el coronel y diputado Constantino Chapital a pesar de la campaña organizada por el General Edmundo Sánchez Cano. Durante su gestión se inició la construcción de la carretera Cristóbal Colón o Internacional en el tramo correspondiente a Oaxaca, se reconstruyó el palacio de gobierno y se instaló la planta potabilizadora de agua en las faldas de El Fortín.

Al término del periodo gubernamental de Chapital, el candidato a sucederlo fue el General Vicente González Fernández aunque el General Sánchez Cano volvió a organizar su campaña política buscando ser candidato oficial. El 1 de noviembre de 1940, tomó posesión como gobernador el General González quien continuó las obras iniciadas por su antecesor concluyendo la planta potabilizadora de agua. Para distribuirla, se instalaron medidores de consumo de agua en algunos domicilios. Esto provocó, de parte de la Liga de Usuarios que se organizó rápidamente, manifestaciones de inconformidad que alteraron el orden de la ciudad hasta que intervinieron fuerzas federales para restituirlo. Se cancelaron los medidores de agua y nació la primera organización popular, dispuesta a luchar contra las medidas gubernamentales que consideraban injustas.

Al término del periodo de cuatro años de gubernatura del General Fernández, al fin fue nombrado candidato oficial el General Sánchez Cano, pero hubo problemas en la integración de los candidatos a la diputación local, pues tanto González como Sánchez Cano querían que sus partidarios fueran diputados. Los aspirantes a la diputación de parte de González, ocuparon el recinto de la Cámara y trabajaron en juntas



previas a las elecciones, sin permitir el acceso y la participación de los candidatos de Sánchez Cano, por lo que éste convocó a sus partidarios para que se dirigieran a la Cámara de Diputados a exigir, armas en mano, el acceso a sus correligionarios a las reuniones previas. Los del otro bando también estaban armados y dispuestos a repeler la agresión lo que se evitó con la oportuna intervención del Comandante de la Zona Militar General Joaquín Amaro, quien acompañado de sus soldados, desarmó a ambos grupos y los convenció de que llevaran la fiesta en paz. Mas tarde llegó el reconocimiento de la Secretaría de Gobernación para el grupo de diputados sanchezcanistas y la orden de desalojo de la Cámara, de la facción seguidora del General González Fernández, lo que creó un fuerte resentimiento y antagonismo en los grupos populares de ambos bandos y decidieron los acontecimientos que se dieron en los años subsecuentes.

El General Edmundo Sánchez Cano tomó posesión como gobernador en el teatro Macedonio Alcalá el 1 de diciembre de 1945. De inmediato se distanció de sus partidarios, pues los nombramientos de su gabinete no los incluyeron. Inició la construcción en la ciudad capital, de tres centros escolares con características modernas pues los existentes ocupaban edificios adaptados para escuelas. En diciembre de 1946, la legislatura aprobó dos propuestas del gobernador; en una decretaba el aumento de impuestos a diversos artículos de comercio. En el otro, reformaba la ley orgánica del Instituto de Ciencias de Oaxaca, facultando al director a remover catedráticos sin autorización del consejo técnico o de la academia de profesores.

Ambos decretos causaron inquietud en diversos sectores sociales, agitados por los que no eran partidarios de Sánchez Cano, reclamando su abolición por considerarlos arbitrarios e injustos. La Cámara de Comercio y los alumnos del Instituto encabezaron la inconformidad popular. La Cámara organizó una manifestación de protesta que en silencio recorrió las calles de la ciudad. En el Instituto la Dirección del plantel y la academia de profesores nombraron una comisión que entrevistara al gobernador pidiendo derogara el decreto que lesionaba la autonomía de la institución. Sánchez Cano prometió a los dos sectores la derogación de los decretos, pero al no hacerlo de inmediato, la agitación creció en las calles donde se levantó la petición de la renuncia del gobernador.

Noche a noche se realizaban concurrecidos mítines populares en la calle frente al Instituto y allí se decidió cercar el palacio de gobierno para impedir el ingreso de Sánchez Cano y paralizar las funciones burocráticas. El gobierno federal envió un batallón de tropas de asalto, provisto de armamento blindado que despejó el cerco del palacio y trató de impedir la reunión de grupos de inconformes. También envió al Dr. Héctor Pérez Martínez, Secretario de Gobernación para conocer a fondo la situación de ambos bandos y darle solución al conflicto.

Casilda comenta: “en ese entonces vino un representante del presidente de la república y mientras dialogaba con el gobernador, se hizo un



mitin en la Plaza de la Danza. Después de aquel mitin nos fuimos rumbo al palacio como a la una de la tarde. Era una cantidad de gente enorme, una fuerza tremenda. Llegamos todos y queríamos hablar con el representante que había llegado de México que estaba en el palacio para que se diera cuenta de que el pueblo era el que no quería tantos impuestos. Le cobraban a uno impuesto por comprar zapatos, por comprar fruta, el IVA de hoy". (Zúñiga 1989).

Después de una penosa y larga entrevista con el General Sánchez Cano, de su reiterada oposición a retirarse del gobierno y de la inaceptable petición de que le sucediera en el cargo algún pariente o persona de su absoluta confianza, se avino a firmar la solicitud de licencia y la terna propuesta por el presidente de la república. El argumento que lo convenció fue el ultimátum del Lic. Pérez Martínez de que en el caso de negarse, la fuerza federal se retiraría de la ciudad de Oaxaca, dejando a Sánchez Cano abandonado a su suerte.

El General Sánchez salió de la ciudad la noche del sábado 18 de enero de 1947 y al día siguiente llegó el Lic. Eduardo Vasconcelos, de brillantes antecedentes y alta calidad humana. De parte del Instituto, tan cercano a los afectos de Casilda, participaron en este movimiento popular el Lic. Luis Castañeda director, Alberto Vargas, Manuel Zárate Aquino, Ignacio Castro Mantecón, Jesús Torres Barriga catedráticos. Los alumnos que se integraron en el Comité Cívico: Jorge Martínez Vigil, Fiacro Villegas Cholula, Jorge Castañeda Hernández, Conrado Robles Jiménez, René Vargas Ortiz, Fernando y Alfonso Gómez Sandoval, Armando Gutiérrez, Raymundo Alcántara y Rodolfo Alavez Flores.

La gestión gubernativa del Lic. Vasconcelos fue fructífera. Al respecto Jorge Fernando Iturribarria comenta: "su presencia al frente del gobierno contó con la colaboración unánime y aunque el periodo que le tocó cubrir con su interinato fue de poco menos de cuatro años y las posibilidades del erario eran exiguas, pudo afrontar y resolver con extraordinario éxito, los problemas fundamentales de comunicaciones, pavimentación y embanquetado de la ciudad de Oaxaca y los aspectos, antes muy postergados, de la cultura intelectual, artística y física"

El siguiente gobernador fue el Ing. Manuel Mayoral Heredia, quien venía de la subsecretaría de Comunicaciones y Obras Públicas del gobierno federal y respaldado o nombrado por el presidente Miguel Alemán. Su programa de gobierno preconizaba una producción intensiva de la agricultura, mediante sistemas modernos de irrigación y financiamiento a largo plazo y un fuerte apoyo del gobierno de la república. Comenzó su periodo el 1 de diciembre de 1951, proyectando y gastando en grande, apoyado por copiosos préstamos del Banco Nacional Hipotecario de Obras Públicas. La adjudicación de la carretera Huajuapán – Pinotepa Nacional al contratista italiano Silvio Oriani y la compra de numerosa maquinaria agrícola mediante un crédito más, la creación de una unidad agrícola en el Istmo, propiedad del gobernador y las exacciones en efectivo a productores de café y los cobros de los agentes fiscales



a las compañías madereras, comenzó a despertar sospechas de que el interés del gobierno se proyectaba en negocios turbios.

A fines de 1951, el tesorero del Estado, Alfonso Unda Ruiz elaboró un proyecto de código fiscal que debía de regir a partir de 1 de enero de 1952, que daba al ejecutivo la facultad de establecer toda clase de impuestos y gabelas, sin pasar por la aprobación de los diputados que representaban los intereses populares. De inmediato se levantó la inconformidad de los comerciantes a quienes el gobernador prometió escucharlos y posponer la aplicación del nuevo código fiscal, hasta haber obtenido un acuerdo mutuo. Fue pasando el tiempo y no se efectuaba la reunión prometida y así llegó el 21 de marzo, en que la cámara de comercio y la Liga de Comerciantes en pequeño (locatarios de los mercados y propietarios de tiendas de barrio) acordaron reunirse con el gobernador a las 18 horas en el palacio de gobierno.

Mayoral no acudió a la cita, por lo que locatarios y pueblo reunido en el Zócalo, determinaron organizar una manifestación popular, ya no contra la abrogación del código, sino desconociendo al Ingeniero Mayoral como gobernador, pidiendo su renuncia y su salida del Estado por la burla de que habían sido objeto. Pudimos platicar, hace ya tiempo pasado, con varios de los protagonistas de los eventos que se dieron en esa época, y de sus recuerdos y mis notas, recrearemos lo sucedido.

El Lic. Jesús Martínez Vigil, presidente del Consejo Local de Estudiantes en 1952 - 1953, nos dijo: "todos recordamos la infausta noche del 21 de marzo de 1952, en la que varios oaxaqueños pagaron con su sangre o con su vida, el precio por la derogación de un código fiscal, ametrallados por los esbirros de un gobierno odioso, que con ese acto firmó su sentencia de muerte civil que le impuso el pueblo oaxaqueño. Al día siguiente, la ciudad amaneció en silencio y vestida de duelo. Sin acuerdo previo se decidió por todos los habitantes la resistencia pasiva y, horas más tarde, por todos los rumbos y barrios de la ciudad, se reunían grupos de oaxaqueños que en todas formas expresaban su indignación y su deseo de acabar con el régimen mayoralista. El pueblo empezó a recorrer las calles, excitado, indignado y fuera de sí, pidiendo la desaparición de los poderes del Estado y pensando tomar por asalto la casa de gobierno. Aparte del odio y la indignación que se veía en todos los rostros, todo era caos. No había jefes ni plan determinado a seguir, hasta se hablaba repetidamente de tomar por asalto la casa del gobernador y darle muerte, sin importar las vidas que la empresa costara.

No había pues, ni jefes ni plan y sí un enorme descontento que podía degenerar en excesos. Pero desde un principio, tanto los exaltados como los moderados, pensaron en que los estudiantes del Instituto podían encargarse de la dirección del movimiento. Y así, repetidos emisarios se acercaron a las puertas cerradas y al edificio vacío del Instituto para, en una muestra inigualable de confianza, invitarnos a acaudillar la lucha cívica. Dominando el temor y la incertidumbre, todos los estudiantes tomamos una decisión: participar en la lucha. Y así, cuando a las

once de la mañana, el que esto relata preguntaba a todos los compañeros reunidos en el jardín de La Soledad, si estaban dispuestos a luchar por el pueblo. No le extrañó que la respuesta fuera un coro unánime: ¡lucharemos hasta que caiga Mayoral Heredia! Desde ese momento todos los compañeros reconocieron en los dirigentes del Consejo Local de Estudiantes, los jefes máximos del movimiento.

Nos apoderamos del edificio del Instituto y en él establecimos el cuartel general del movimiento. Sus puertas no se volvieron a abrir hasta el 1 de agosto en que se consolidó la victoria. Empezamos solos, sin saber que actitud asumirían nuestros maestros y cupo a los señores Ricardo Cervantes Barzalobre, Ricardo Vera Castro y Joaquín Acevedo, el honor de ser los primeros en infundirnos aliento. Nuestro director, Jorge Pérez Guerrero y la academia de alumnos, profesores y empleados, se sumaron días después a nuestras filas. No obstante las flaquezas de este cuerpo, le reconocemos un gran valor a su intervención y a sus gestiones.

De acuerdo con nuestras luces, encauzamos la lucha lo mejor que supimos. "Serenidad y cordura" fue la consigna que impusimos a los oaxaqueños; a nuestra iniciativa se creó el Comité Cívico Oaxaqueño cuyos puestos claves quedaron siempre en manos de miembros del Instituto. A nuestros llamados respondieron las siete regiones oaxaqueñas. Nuestro colegio sufrió un ametrallamiento por parte de los parciales mayoralistas. Nuestros compañeros respondieron tremolando la bandera y cantando el himno nacional. Los colegios superiores en todo el Estado imitaron nuestro ejemplo y cerraron temporalmente sus puertas. La lucha nos colocó en un trance muy duro: a cuarenta días de huelga no se podía precisar cuando iba a terminar la lucha. Así, era inminente que si continuábamos con las clases suspendidas, perderíamos el año. Acordamos reanudar clases y mantener el edificio del colegio en un cierre simbólico hasta el fin de la jornada.

La situación anormal que se vivía, impidió celebrar los tradicionales festejos estudiantiles. No quisimos dejar desapercibido el "día del estudiante" y lo celebramos con una sesión solemne en la que se otorgaron diplomas de honor por parte del C. L. E. y del Comité Cívico, a todos los compañeros que se distinguieron por su actuación en los días y noches de la resistencia pasiva. La medalla del congreso se confirió al compañero Carlos Aranda Villamayor por méritos sobresalientes realizados a favor del pueblo de Oaxaca".

Por su parte, el médico Aranda Villamayor nos comentó "recuerdo claramente la noche del 21 de marzo de 1952 como si fuera ayer. Salí del hospital general que se encontraba ubicado en esa época anexo al templo de San Francisco, en donde efectuaba mis prácticas pues estudiaba el cuarto año de medicina y al pasar por el zócalo, vi enfrente del palacio de gobierno, un grupo de personas de diversas edades y clases sociales, que esperaban al gobernador Mayoral Heredia quien se había comprometido que esa noche se reuniría con las Cámaras, para discutir

un código fiscal que afectaba en sus intereses a los comerciantes. Eran más o menos las nueve de la noche y el gobernador no se presentaba, por lo que la muchedumbre, impaciente y violenta, se encaminó a la "Casa Oficial" en avenida Juárez, a fin de entrevistarse allí con el gobernador. Antes pasaron por las oficinas del periódico "El Nuevo Diario" que había sido fundado por el régimen mayoralista, y trataron de incendiarlo sin conseguirlo.

En la esquina de avenida Juárez y Constitución fueron recibidos a balazos por las tropas que resguardaban la casa de gobierno. Los primeros disparos fueron al aire pero cuando la multitud corrió replegándose, algunos balazos alcanzaron a los manifestantes que dejaron dos muertos y un número indeterminado de heridos. El día 22 se reunió el comité directivo del C. L. E. que encabezaba Martínez Vigil, en el jardín Sócrates y la mayoría de estudiantes en el paraninfo del Instituto, para tomar acuerdos sobre las acciones a seguir por parte del estudiantado ante los hechos suscitados el día anterior. Al edificio del Instituto llegó un numeroso grupo de personas precedidas por un "carro de sonido" operado por el señor Austreberto Aragón, por cuyo medio se pidió el apoyo de los estudiantes en la lucha que se iniciaba contra Mayoral Heredia.

Basados en la experiencia de años anteriores, cuando hicieron renunciar al gobernador Sánchez Cano, propusieron la formación de un comité cívico en el cual figuraron los estudiantes Carlos Jiménez Ruiz, Héctor Porras, Agustín Márquez Uribe y pidieron que las organizaciones populares enviaran una persona que las representara. Por parte de los mercados se integraron al comité: Salvador Acevedo Ricárdez, Apolinar Hernández "La China" Rodríguez, Casilda Flores y otras personas. Se consiguió una entrevista de representantes del comité con Ernesto Uruchurtu, secretario de gobernación en esa época, mientras Mayoral Heredia mandó a los rurales de Genaro Ramos, a hacer una exhibición de fuerza para amedrentar a los inconformes. Desfilaron por las calles céntricas de la ciudad gritando vivas al supremo gobierno y mueras a los comunistas y alborotadores y al pasar frente al edificio del Instituto, hicieron varias descargas de fusilería que horadaron ventanas y maltrataron paredes del añejo edificio. Ante este ataque directo a los estudiantes, se pidió apoyo a las confederaciones estudiantiles quienes lo otorgaron, declarando un paro nacional de cinco días.

El día 28 de marzo, la academia de profesores sesiona para determinar el rumbo a seguir y apoya la huelga de los estudiantes aunque con algunas reticencias. Tanto el presidente del C.L.E. como el del comité cívico tienen que salir a la ciudad de México en busca de apoyos para el movimiento, por lo que el que relata, queda al frente, en esta ciudad, del comité cívico. Tiene que acompañar a una comisión que se entrevista con Uruchurtu, integrada por el Lic. Joaquín Acevedo, Manuel Canseco Landero, Antonio Carranza Díaz y se le explica que lo que el pueblo oaxaqueño pide es la desaparición de poderes y el nombramiento de un gobernador interino a lo que Uruchurtu responde con vaguedades

y trata de dividirlos preguntándoles a quien postulan como gobernador interino.

Al regreso de esta comisión, por acuerdo de la mayoría de los integrantes del comité cívico, se desconoce al presidente Jiménez Ruiz y queda al frente Aranda Villamayor. Los acontecimientos se suceden rápidamente. Uruchurtu contesta que para nombrar un interino en el gobierno del Estado, es necesario restablecer el orden y levantar la huelga general que llegaba a más de quince días. Desde el balcón central del edificio del Instituto se da a conocer al pueblo esta condición y ante la renuencia popular, interviene desde el balcón de la casa en contra esquina del Instituto, el Lic. Luis Castañeda Guzmán, quien con fogosa oratoria los convence de abrir los comercios y reanudar actividades al siguiente día que era dos de abril.

El Estado contesta agudizando sus acciones represivas, pues pide apoyo al ejército y manda tropas motorizadas que se encontraban acuarteladas en Puebla, quienes al llegar, atacan y destruyen el campamento que el comité cívico tenía establecido en el Zócalo y al que llamaban "comedor popular". Los "Cuerudos" de Agustín Mustieles, acuartelados en Aguilera, piden al comité que los surtan de víveres o en su defecto, amenaza con dejarlos salir a conseguir su alimento por la fuerza.

Los estudiantes habían salido a todas las principales poblaciones del Estado en busca de apoyo y de las siete regiones enviaban camiones con alimentos para que la ciudad de Oaxaca pudiera sostener la huelga en comercios y mercados. Al aproximarse los camiones a la ciudad, a veces eran detenidos por elementos de los "cuerudos" quienes llevaban al vehículo a su cuartel. Entonces, integrantes del "escuadrón de ciclistas" abordaban el vehículo y lanzaban los víveres al arroyo, de donde era recogido por otros ciclistas y guardado en el interior de casas que quedaban cerca de donde el camión pasaba. Los ciclistas además servían de mensajeros y de portadores de noticias a todos los barrios de la ciudad. Su jefe era Amador Rosas, vendedor en abonos y otros integrantes que vienen a mi memoria son: Jorge Delgado, quien trabajó mucho tiempo en la ETI 14 y Agustín Cid.

Por otra parte, el Lic. Castañeda Guzmán apunta: "el señor ingeniero Manuel Mayoral Heredia, en los días terribles de marzo, se vio obligado a separarse del grupo de colaboradores en quienes más confiaba, entre los cuales hubo algunos pillos redomados (Unda Ruiz, Calvo Treviño) que fueron los principales causantes de las desventuras del mandatario. Al quedar desmantelada la camarilla y sometido él a un sin fin de presiones, cayó en un estado de desaliento total, acabando por desconfiar de cuantos le rodeaban, así se tratara de funcionarios que él mismo hubiera nombrado en lugar de los rapaces separados.

En fin, el gobernador, al caer en una profunda depresión, casi lleva al gobierno al desbarajuste. Esa inestabilidad emocional se agudizó por la carencia de apoyo familiar pues la familia del ingeniero Mayoral, acoquinada por los acontecimientos de la noche del 21 de marzo, retornó a la

ciudad de México. Para colmo, el general Mustieles, sintiéndose dolorido por nimios y supuestos agravios, abandonó a su suerte al gobernante en desgracia.

Nada más natural pues, que quien esté con los nervios deshechos, reviente el día menos pensado y precisamente esto es lo que le pasó al ingeniero Mayoral Heredia que, sin decir agua va, sin pedir permiso a la legislatura del Estado, abandonó la ciudad capital, presentándose intempestivamente en la Secretaría de Gobernación. La entrevista entre el gobernador acabado y el licenciado Uruchurtu, áspero y arrogante norteño que ocupaba el despacho de Gobernación, dio por resultado un inesperado desenlace al problema oaxaqueño: despido inmediato, denominado con el eufemismo de licencia del ingeniero Mayoral Heredia y la designación también inmediata del señor general Cabrera Carrasquedo, quien ya radicaba en la ciudad de Oaxaca, ocupando, por imposición del gobierno federal y para el gusto y descanso del pueblo de Oaxaca, el cargo de inspector general de policía."

Así terminó una jornada más, de la lucha popular contra gobiernos arbitrarios que no sólo logró la remoción de dos gobernadores, también trajo una situación privilegiada para los "estudiantes", sobre todo los del Instituto, que comenzaron a gozar de una especie de inmunidad que les perdonaba todas sus bromas y puntadas juveniles. Desafortunadamente, algunos grupos formaron pandillas o grupos de jóvenes más agresivos, quienes poco a poco fueron agudizando sus actos, golpeando compañeros, saqueando pequeños comercios, y causando desmanes en la "semana del estudiante". Estos grupos violentos también desvirtuaron otros festejos como sucedió con la celebración de la "samaritana" que se volvió una serie de agresiones, derramando las aguas frescas sobre los asistentes. El final del festejo fue cuando algunos atrevidos, bañaron de aguas sucias a la generosa Casilda, quien ya no volvió a asistir a su querido Instituto.

La vida en la ciudad también se fue transformando, pues el crecimiento poblacional de la misma trajo cambios en todas las costumbres y la vida social evolucionó hacia las nuevas modas de vestir, divertirse y trabajar. Casilda añoraba los viejos tiempos, cuando la ciudad dormía temprano, despertaba animosa y el mercado era el centro de la vida social de la comunidad. Aquejada por dolencias propias de su avanzada edad, la Horchatera de Oaxaca abandonó esta vida, en su casa de Zaragoza, rodeada del cariño de sus familiares y algunos amigos. Muchos de estos la acompañaron en sus honras fúnebres y en su sepelio en el panteón de San Miguel, en cuyo cortejo participaron personas de todas las clases sociales y muchos de los estudiantes a quienes ella nunca negó sus afectos, a pesar del mal trato que le proporcionaron en sus últimos tiempos. Descanse en paz.

RA 19.



Una muestra de su talento

Doña Casilda Flores participó activamente en los movimientos populares que acabamos de reseñar en voces de sus actores y queremos cerrar esta breve reseña biográfica, con la voz de doña Casi, recordando a su modo, estos eventos: “en el tiempo de Mayoral Heredia llegó un señor de fuera y les dijo a mis compañeras: “vine a tierra de Juárez y ni a petate llega”. Eso nos molestó muchísimo y viendo los problemas que había, empezamos todos los que vendíamos en el mercado a ver como le íbamos a hacer. “que tal si hacemos una huelga” dijeron algunos. “sí” respondimos todos. Y ¡jórales! Le entramos macizo. Así fue hasta que estallo la “cosa”. Se hizo una junta el 20 de marzo y se propuso que se cerrara el mercado el 21, porque se acostumbraba cerrar el mercado en cada fiesta. Y era el aniversario del nacimiento de Juárez y no volverlo a abrir hasta que se solucionara el problema.

“Había mucha inquietud entre al gente, empezamos a ver cómo le hacíamos para juntarla y se tocó la campana; se cerraron las puertas del mercado y salió toditita la gente y se fueron para el Carmen Alto: allí llegaron de otros mercados. La huelga había comenzado. Participamos muchas mujeres en ese problema, había un grupo como quien dice, de las más “entronas” ¿no? y como le pegaban mucho a los hombres, entonces los metíamos a ellos en medio y nos enfrentábamos las mujeres en la punta ¡si mi alma! Y ¿sabe usted con que peleábamos? ¿con que cree usted? Con tenates y rebozos llenos de arena y piedras; peleábamos contra los famosos “cuerudos”. Los infames “cuerudos” eran gente que trajeron de Miahuatlán. Como no podían enfrentar directamente al ejército con el pueblo, pues trajeron a estos “cuerudos” para que dijeran que era entre el mismo pueblo la lucha. ¡ingratos esos! así dijeron los del gobierno. Si pues, así hicieron los infames.

“Aquel movimiento fue muy popular. Se unió una comunidad grande, fuerte, que tenía mucho empeño en liberarse del mal gobierno. Y es que la situación era ya insoportable. Tal y

como la que estamos viviendo ahorita. Con decirle que hubo comisiones de los mismos oaxaqueños que fueron a ver a ese licenciado que estaba en el gobierno de México, el licenciado "Cucuruchu", así le decíamos. Fíjese que teníamos ganas de que las cosas se compusieran. Queríamos que nos solucionara el conflicto que el gobierno había hecho, y como acá no nos querían hacer caso, la gente dijo: "pues hay que ir a ver a ese licenciado que nos pueda ayudar". Que les diré que pa' nada sirvió, porque las gestiones que fueron a hacerse, no resultaron en la ayuda que queríamos. Ese licenciado dijo que el presidente de la república había ofrecido que el gobernador nos iba a tratar bien, que él ya se lo había ordenado. Pero es que nosotros no nos conformamos con eso, queríamos que nos solucionara todo.

"El Zócalo sirvió de campamento, porque allí se hacía la comida para los que estábamos en el movimiento. ¡ah! Porque fíjese que la comida se vendía en casas particulares. Decían: en tal casa van a vender pan; en tal parte, carne; en tal casa, frijol. Avisen al pueblo, decían. Viendo el ejército todo esto, empezó a parar los camiones de alimento que abastecían a la ciudad de Oaxaca. Allá por el puente Porfirio Díaz, el ejército los paraba, quien sabe si para que el gobierno y ellos tuvieran de comer o simplemente para que el pueblo se quedara sin alimentos. Pero entonces el pueblo empezó a irse por lo que es la "garita de Xoxo", por el camino a Cuilapan y Zaachila, también por el rumbo de Ocotlán y Zimatlán, las entradas a la ciudad, para prevenir a los camioneros y no entraran hasta donde estaban bloqueadas las entradas por los militares. Lejos, por ahí descargaban la mercancía y las gentes la acarreaban para donde estaban los almacenes de alimentos. ¡qué le parece! Los ciclistas hicieron una gran labor allí, porque ellos venían, subían y bajaban los pobrecitos. Le digo. ¡todo el pueblo estaba en eso! Creo que el grupo se llamaba "pedal y fibra". En la Plaza de la Danza se había hecho un mitin para que se diera una solución final, porque todavía no se arreglaba nada. O se salía Mayoral Heredia o se salía, porque no quería dejar el puesto.

"La cuestión era que no querían dejar entrar al pueblo al Zócalo, pues según ellos ya habíamos hecho mucho barullo. Desde la esquina del arzobispado, donde hoy está el cine Alameda, desde allí estaban las ametralladoras, los tanques del ejército, las "tamaleras" les pusimos nosotras. Y bueno, como no nos querían dejar entrar, entonces una señora de feliz memoria dijo: "¡vamos a cantar el himno nacional!" y todo el pueblo lo cantó

y verán ustedes que se hicieron a un lado los tanques y los del ejército se cuadraron y entramos todos al Zócalo.

“Fue por abril de 1952 cuando el licenciado Luis Castañeda Guzmán le habló al pueblo desde un balcón del Instituto diciendo que ya se había arreglado todo, que ya Mayoral Heredia se había ido, que todo se iba a arreglar pero que poco a poco, que no se podía de golpe y porrazo, dijo también que nos fuéramos a trabajar las mujeres del mercado, los del comercio, todos. Ya se había solucionado el problema, se había firmado el convenio con los representantes del presidente de la república y los representantes del pueblo. El licenciado Castañeda Guzmán vivió la huelga, él estuvo al tanto de todo aquello. Él nos habló con sinceridad y todos le creímos.

“Cuando terminó la huelga las del mercado echamos una “mona”, un volado pues, para ver quien iba a tocar la campana. Me tocó a mí y después de las campanadas se abrieron las puertas del mercado. ¡la huelga había terminado! En ese movimiento tan grande hubo muchos líderes, entre ellos estuvo don Austreberto Aragón, que vendía cuchillos; también estuvo un señor que le apodaban “El Chachalacas”, que precisamente lo mataron en ese entonces. Estaba “La China Frutera”, ella fue la cabeza, tenía su puesto donde hoy está la ferretería del Sol; también estaba Jacinta “La Maicera”, Mercedes “La Frijolera” y su servidora que andaba en la “bola”.

“A una señora del mercado, dicen que la mandaron matar porque anduvo en la huelga. A mí, por ejemplo, me “echaron duro” en el periódico un tal Carlos Denegri, me “tiró” diciendo que yo había sido una mujer subversiva. Todo aquel que va en contra de la injusticia, inmediatamente le dicen subversivo. También dijo ese hombre que Casilda había tumbado gobernadores, que era peligrosa, que yo estaba en el mercado. Después sacaron otra nota en el “Oaxaca Gráfico” de don Lalo Pimentel que en paz descansen, decía: “ Casilda no es una subversiva, ni una tumba gobernadores, es una mujer que ha luchado con todo el pueblo de Oaxaca, para el bienestar de Oaxaca, así que es un insulto lo que le hacen a Casilda”. Sánchez Cano y Mayoral Heredia tuvieron “elementos” que los mal aconsejaron. Esa fue su derrota. ¡pobrecitos! El pueblo no se dejó.”

CASILDA la Horchatera.- Silvia María Zúñiga A.- 1989.-



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

www.casadelacultura.oaxaca.gob.mx